¿Qué tal sería ser culto?

Discurso del Prof. Dr. Peter Bieri, dictado en la inauguración de la Universidad Pedagógica de Berna

Traducido del alemán por Michael Barot y Carlos Prieto

La formación cultural[1] es algo que los seres humanos hacen con y para ellos mismos. Uno se forma. Otros nos pueden educar, pero cultivarse sólo lo puede hacer cada uno consigo mismo. No es un mero juego de palabras[2]. Cultivarse es en efecto algo muy diferente que educarse. Una educación la aquirimos con la finalidad de poder hacer algo. Si, en cambio, nos cultivamos, trabajamos en convertirnos en algo – aspiramos a ser de cierto modo en el mundo. ¿Cómo podemos describir la formación cultural?

Formación como orientación en el mundo[3]

La formación inicia con la curiosidad. Si se le mata la curiosidad a alguien, entonces se le quita la posibilidad de cultivarse. La curiosidad es el deseo insaciable de llegar a conocer todo lo que hay en este mundo. Puede enfocarse a direcciones muy diversas: arriba hacia los astros, abajo hacia los átomos y los cuantos; afuera hacia la diversidad de los especies y adentro hacia la complejidad fantástica del organismo humano; atrás hacia la historia del universo, de la Tierra y de la sociedad humana y adelante hacia la pregunta de cuál será el futuro de nuestro planeta, de nuestra manera de vivir o de

[1] N. del T.: *Bildung*, en el original, será traducido como *formación cultural*, para contrastarse con *Ausbildung*, que será traducido como *educación*. En alemán, *Bildung* significa adquisición de cultura o formación cultural, hace culto, mientras *Ausbildung* es un acto que se lleva a cabo en instituciones como, por ejemplo, la escuela. El participio *gebildet* será traducido como *culto* y no como *formado*, para expresar mejor esta idea. El verbo *bilden* será traducido como *cultivarse*.

[2] N. del T.: Hace alusión a la cercanía de las palabras *Bildung* y *Ausbildung*.

[3] N. del T.: En el original *Weltorientierung*, de *Welt*=mundo y *Orientierung*=orientación. Significa la postura de cómo nos comprendemos a nosotros mismos dentro de nuestro entorno, nuestro mundo y cómo en consecuenca actuamos.

nuestra percepción de nostros mismos.

El conjunto de cosas que se pueden conocer o entender, es gigantesco y crece día con día. Cultivarse no puede significar ir corriendo sin aliento detrás de todo. La solución consiste en elaborarse un mapa a grandes rasgos de lo que se puede saber y entender y, además, de aprender cómo se podría averiguar más sobre ciertas regiones en particular. La formación es, por lo tanto, un aprendizaje doble: se aprende del mundo y se aprende cómo aprender.

Con ello se generan dos cosas, que son igualmente importantes. La primera es el sentido para las proporciones. Para ser culto, no se requiere conocer el número exacto de los idiomas que se hablan en la Tierra. Pero se debe saber que son más bien 4000 que 40; que China es el país más poblado pero no el más extenso; que no hay cientos de elementos químicos; que la velocidad de la luz no es ni 10 millones de kilómetros ni 1 kilómetro por segundo; que la edad del universo no es de millones sino de miles de millones de años; que la edad media no empezó con el nacimiento de Jesucristo, y que la edad moderna no comenzó hace 100 años. También se trata de ponderar correctamente la importancia de ciertas personas y sus logros. Para la humanidad, Louis Pasteur fue más importante que Pelé, la invención de la imprenta y del foco inluyeron más que la de la máquina de afeitar y del lápiz labial.

Lo segundo que se genera en el transcurso de la organización hacia el mundo es un sentido para la precisión: una comprensión de lo que significa conocer y entender algo con exactitud: una piedra, un poema, una enfermedad, una sinfonía, un sistema legal, un movimiento político, un juego. No hay nadie que conozca con precisión más que una pequeña sección del mundo. Pero eso no requiere la idea de la formación. La persona culta es aquélla que se puede imaginar qué es la precisión y que ésta significa algo muy diferente en diversas regiones del conocimiento.

Formación como ilustración

La persona culta es entonces alguien que se sabe orientar en el mundo. ¿Qué valor tiene este sentido de orientación? «Saber es poder.» En lo que se refiere a la formación, esto no puede significar: dominar a otros usando el conocimiento. El poder del conocimiento es otro: impide ser víctima. Quien tiene conocimiento sobre el mundo es más difícil de engañar, se puede defender cuando otros tratan de usarlo para sus propios intereses, en la política o a través de la publicidad, por ejemplo. La orientación en el mundo no es la única orientación que importa. Ser culto significa también comprender la

pregunta de en qué consisten el conocimiento y el entendimiento y cuáles son sus límites. Se trata de enfrentar la pregunta: ¿Qué conozco y qué entiendo? Significa hacer un inventario del conocimiento y de la comprensión. Eso incluye preguntas como: ¿Qué forma tengo de verificar mis convicciones? ¿Qué tan confiables son? Además, ¿aseguran realmente lo que parecen asegurar? ¿Cuáles argumentos son buenos y cuáles son sofismas engañosos? El saber del que se trata aquí es saber de segundo orden. Distingue al científico ingenuo del culto y al reportero serio del simplista, que nunca valoró el ser crítico de sus fuentes. El saber del segundo orden resguarda de convertirse en víctima de supersticiones. ¿Cuándo un suceso hace probable a otro? ¿Qué es una ley y cómo se compara con una correlación fortuita? ¿Qué distingue una explicación genuina de una aparente? Eso lo tenemos que saber cuando queremos valorar un riesgo y cuando queremos formarnos una opinión sobre los pronósticos con que nos están bombardeando. Alguien que esté alerta sobre estos asuntos, mantendrá una distancia escéptica no sólo hacia la literatura esotérica, sino también hacia pronósticos económicos, argumentos de campañas políticas, promesas psicoterapéuticas y presunciones osadas acerca de investigaciones sobre el cerebro. Y se irrita cuando escucha cómo otros remedan fórmulas científicas. El que se cultivó en este sentido sabe distinguir entre meras fachadas retóricas y pensamientos genuinos. Lo puede hacer porque dos preguntas se le convirtieron en su segunda naturaleza: «¿Exactamente qué cosa quiere decir eso?» y «¿De dónde sabemos que esto es así?» Volver a preguntarse eso una y otra vez, vuelve resistente contra la destreza retórica, el lavado de cerebro y la afiliación a sectas, y agudiza la percepción de hábitos ofuscados del pensar y del hablar, de tendencias de moda y de cualquier forma de asociación por conveniencia. Ya no es posible ser engañado o ser pasado por alto, charlatanes, gurúes y arrogantes reporteros ya no tienen posibilidad. Es un bien altamente valioso y su nombre es: incorruptibilidad del pensamiento.

Formación como conciencia histórica

La conciencia ilustrada[4] del culto no sólo es conciencia crítica; también está caracterizada por curiosidad histórica: ¿Cómo fue que pensemos, sintamos, hablemos o vivamos como lo hacemos? En el fondo de esta curiosidad yace el pensamiento: es posible que todo hubiera sucedido de modo diferente, pues en nuestra cultura no hay ninguna inevitabilidad metafísica. La conciencia ilustrada es entonces una conciencia de la casualidad histórica. Se expresa

[4]N. del T.: en el sentido de la Ilustración.

en la capacidad de observar la propia cultura desde cierta distancia y de tomar una actitud irónica y lúdica. Eso no significa no declararse en favor de su propio estilo de vida. Sólo significa distanciarse de la idea ingenua y arrogante de que la propia manera de vivir sea la más adecuada manera de ser de los humanos, más que cualquier otra. Semejante arrogancia, que forma parte de la esencia de cualquier imperialismo y de cualquier predicación o misión, es un signo infalible de la incultura[5].

La conciencia histórica conduce a la necesidad de readquirir la cultura en la cual casualmente uno creció. Eso tiene mucho que ver con la reflexión sobre el propio idioma. Iluminar la historia de nosotros como participantes de cierta cultura, significa sobre todo clarificar la historia de nuestras palabras por ser nostoros animales que hablan, y nada contribuye más a nuestra identidad cultural que las palabras con las cuales conformamos nuestra relación con la naturaleza, con las otras personas y con nosotros mismos. Las formas de vida de los seres humanos están acuñadas por las palabras en las cuales se expresan las cosmovisiones. Cómo vemos el mundo se muestra en las categorías centrales alrededor de las cuales se agrupa un idioma. ¿Cómo surgieron estas categorías? ¿Cómo han ido cambiando? Rápidamente ocurren categorías como «mente», «alma», «conciencia» y «razón»– aquellas palabras que sirven para marcar lo particular del ser humano, su dignidad particular. En ello, el cambio histórico fue dramático y dejó una inseguridad en el pensamiento, cuyo reconocimiento forma parte de la formación. De manera similar, lo mismo vale para las ideas del bien y el mal, de culpa y penitencia, de respeto y dignidad, de libertad y justicia. Las historias de las palabras muestran cuan diferenciable, difuso y fragmentario es lo que se esconde bajo la superficie. Palabras como «crueldad» y «pena», «felicidad» y «serenidad»[6] son ejemplos de cómo en pocas palabras se cristalizan autorretratos culturales. En el idioma de los sentimientos se expresa cómo se ven los participantes de una cultura. A menudo se expresan las maneras de vivir y sus valoraciones en metáforas determinantes y no se ha llegado a una cultura hasta que se domine el lenguaje de la ternura, las malas palabras y las obscenidades; hasta cuando se conozcan los tabúes del idioma.

Entender una cultura significa conocer a fondo sus concepciones de la integridad moral. Crecemos con ciertos mandamientos y prohibiciones morales, las respiramos en el aire de la casa de nuestros padres, en la calle, en las películas y los libros que nos conmueven y forman – ellos conforman nuestra identidad

[5] N. del T.: *Unbildung*, contrario de *Bildung*.

[6] N. del T.: Estas palabras fueron en el original *Grausamkeit* y *Leiden*, *Glück* y *Gelassenheit*.

moral y determinan nuestros sentimientos morales como indignación, rencor y remordimiento. Al principio – y eso por la seriedad de la moral – ponemos estas cosas como algo absoluto, no las aprendemos como una opción entre varias. El proceso de formación consiste entonces en darse por enterado de que se piensa y se siente diferente sobre el bien y el mal en otras partes del mundo, en otras sociedades y maneras de vivir; que también nuestra identidad moral es contingente, una casualidad histórica; que por ejemplo la concepción de pecado y humildad no se pueden encontrar como tales fuera de las religiones monoteístas; que no en cualquier lugar la venganza y la represalia son abominables; que se puede pensar de manera muy diferente sobre el sufrimiento, la muerte y la felicidad; y que en otros lugares se lidia con los males físicos y morales sin tener que recurrir al pensamiento de que se tiene la última palabra y de que alguna vez habrá una cuenta final.

Para el creyente, la formación cultural puede significar una conmoción. Entererarse de que hay miles de millones de personas que evidentemente no tienen la fe correcta: eso tiene que ser un choque. Y de una dificultad semejante es aceptar lo obvio: que lo que creo, que la liturgia que profeso, son fruto de un azar geográfico y social – y, asimismo, cómo se ve mi moral. Porque es parte de la fe religiosa el que no pueda depender de la casualidad histórica. Esto amenazaría con devaluar la fe, la religión sería un juguete de la casualidad cultural. Es por ello que la formación es subversiva en lo que se refiere a la cosmovisión. Hace consciente la relatividad de cualquier forma de vida. Las ideologías totalitarias, incluso la iglesia, intentan sofocar sistemáticamente este aspecto de la formación, por ello las prohibiciones de libros y de viajes. En el islam se persigue con la muerte la apostasía. La formación disuelve la metafísica totalitaria y comprende la religión como expresión de una forma y una manera que quieren darle las personas a su vida. La religión, por ende, no tiene que ver con la verdad metafísica sino con la conformación de la propia identidad, con la pregunta de cómo queremos vivir. El conocimiento de alternativas le quita su valor sólo aparentemente; el valor puede ser experimentado aún más, puesto que ahora ya no se trata de un destino del cual uno no dispone, sino de una elección libre. Se podría decir: sólo aquél que conoce y reconoce la casualidad de su identidad cultural y moral se ha vuelto realmente adulto. No se habrá asumido plenamente la responsabilidad de la propia vida en tanto se permita que instancias ajenas dicten a uno lo que debe pensar sobre el amor y la muerte, la moral y la felicidad.

La conciencia de la casualidad histórica encierra muchas otras cosas: primero el saber acerca de diferentes sistemas políticos y judiciales, pero también

cosas como: concepciones de la intimidad; qué es motivo de pudor; la relación con el cuerpo; las formas de cortesía y dignidad; cómo festejar y cómo vestirse; la relación con las drogas; las formas de alegría y de ternura; cuándo se llora o se sonríe; las formas del sentido del humor; las expresiones de luto; los rituales de entierro; qué es lo que ofende; cómo se come; lo que se desdeña; cómo se acercan hombre y mujer; las formas del coqueteo. También aquí, ser culto significa: comprender la diversidad, tener el respeto por lo extraño, saber retractarse de una arrogancia inicial.

Si soy culto en este sentido tengo un cierto tipo de curiosidad: querer saber cómo habría sido desarrollarse con otro idioma, con otra región y en otro tiempo, también en otro clima. Cómo habría sido estar familiarizado con otra profesión, con otra clase social. Tengo la necesidad de viajar despierto, para extender mis límites internos. La formación lo vuelve a uno adicto a las peliculas documentales.

Hasta ahora he definido la formación como orientación en el mundo, como ilustración y conciencia histórica. Ahora añado mi definición favorita: la persona culta es la que tiene una comprensión de lo más amplio y profundo posible de las diferentes formas de vivir una vida humana.

Formación como capacidad de articular

El culto es un lector. Pero no basta con alguien que sepa mucho y sea un ratón de biblioteca. Hay – por muy paradójico que suene – un erudito inculto. La diferencia es: el culto sabe leer los libros para poder cambiar. «¿Entonces el humanismo no protege de nada?», preguntó Alfred Andersch pensando en Heinrich Himmler, quien provenía de una familia burguesa **cultivada** humanísticamente. La respuesta es que sólo protege a aquél que no sólo consume los escritos humanistas, sino que se interioriza en ellos; aquél, que después de la lectura se transforma en otro distinto del que había sido antes. Es un signo infalible de la formación cultural: cuando se consideran los conocimientos, no como mera colección de información, no sólo como diversión entretenida o como adorno social, sino como algo que puede significar cambio interno y expansión, que puede traducirse en acciones. Esto no sólo es válido cuando se trata de asuntos de índole moral; el culto también se transforma por la poesía. Esto es lo que lo distingue del burgés formado "culto".

El lector de libros de texto tiene en su cabeza un coro de voces cuando busca el juicio correcto sobre cierto asunto. Ya no está solo. Y algo pasa con él

cuando lee a Voltaire, Freud, Bultmann o Darwin. Después ve al mundo de manera diferente, puede hablar sobre él de modo distinto y más diferenciado y reconoce más interconexiones.

El lector de literatura aprende otra cosa más: cómo se puede hablar sobre el pensar, querer y sentir de los humanos. Aprende el lenguaje del alma. Aprende que es posible sentir sobre el mismo asunto de manera distinta de la que está acostumbrado. Un amor diferente, un odio distinto. Aprende nuevas palabras y nuevas metáforas para los sucesos anímicos. Como su vocabulario, su repertorio conceptual se expandió, puede hablar más matizadamente sobre sus vivencias, y eso a su vez le permite sentir de manera más diferenciada.

Ahora tenemos una nueva definición de la formación: el culto es aquél que sabe hablar de manera mejor y más interesante sobre el mundo y sobre sí mismo, que aquéllos que sólo repiten fragmentos de palabras y de pensamientos, con los que alguna vez se toparon. Su capacidad de poder articular mejor le permite ahondar y desarrollar cada vez más su autocomprensión sabiendo que eso nunca termina, porque no hay llegada a una esencia de sí mismo[7].

Formación como autopercepción

Las personas se caracterizan por el hecho de que se vuelven un problema, en lo que se refiere a sus opiniones, deseos y emociones, y que se pueden ocupar de ellos mismos. La formación es algo que se conecta con esta habilidad. Aunque alguien tenga una educación muy buena y una orientación muy grande, si no sabe enfrentarse de esta manera y no sabe trabajar en sí mismo, entonces no dispone de una formación en un sentido pleno y próspero de la expresión.

Puede tratarse de la formación como autopercepción: en vez de sólo creer, desear y sentir ciertas cosas, puedo preguntarme de dónde provienen; qué origen tienen y en qué razones se basan. En el caso del pensamiento y de la opinión, se genera de esta manera un conocimiento de segundo orden, del que ya se ha hablado. Pero ahora también reflexiono más en torno de mi voluntad y mis emociones: ¿cómo llegué a ellas? ¿qué es lo que las despertó y qué tan bien fundamentadas están? Se trata de comprenderse en pensamiento, sentimiento y deseos, en vez de simplemente dejarlos suceder. Se trata de la interpretación de mi pasado y de traslucir mis bosquejos para el futuro; en breve: se trata de la creación y modificación de los autorretratos. Y

[7]N. del T.: *das Selbst*, una categoría con conotaciones psicológicas, sociológicas y filosóficas que expresa la percepción de la propia persona.

el culto, aún sobre ello, reflexiona tanto que se pregunta: ¿cómo sé que mi autorretrato no es una quimera? ¿Tenemos un acceso privilegiado a nosotros mismos? Los autorretratos, ¿son descubiertos o inventados?

El culto – y ésta será mi siguiente definición – es alguien que conoce de sí mismo y que sabe de la dificultad de este conocimiento. Es alguien cuyo autorretrato puede, con vigilia atenta, dejarse en suspenso. Alguien que sabe de la frágil diversidad en su interior y que no asume ingenuamente ninguna identidad social.

La formación como autodeterminación

En el proceso de la formación no sólo se trata de agrandar la comprensión de uno mismo. También se trata de valorar el propio pensamiento, los sentimientos y la voluntad, de identificarse con una parte y de distanciarse del resto. En eso consiste la creación de una identidad anímica. Así cincelamos una escultura anímica de nosotros mismos.

Puedo estar descontento con mi voluntad, mis pensamientos y sentimientos por diferentes razones: porque carecen de panorama y concordancia interna; porque afuera me tropiezo seguido; porque me siento extraño así. Entonces necesito, en el sentido más amplio de la palabra, una *éducation sentimentale*[8], aquel tipo de formación, que una vez se llamó formación del corazón[9]: basado en una comprensión creciente de la lógica y dinámica de mi vida anímica, aprendo que los pensamientos, deseos y sentimientos no son un destino ineluctable sino algo que se puede formar y cambiar. Experimento lo que significa volverme autodeterminante no sólo en lo que hago, sino también en lo que quiero y en lo que vivo. Esta autodeterminación no puede consistir en encerrarme en una fortaleza interna para escapar de cualquier influencia de otros que pudiera contener el veneno de la determinación ajena. Lo que aprendo es otra cosa: poder distinguir entre una influencia que me enajena de mí mismo y otra que me vuelve más libre porque me acerca más a mí mismo. Cualquier forma de psicoterapia que rebasa el mero condicionamiento y descondicionamiento, contribuye a este tipo de formación interna.

La autodeterminación en este sentido no ocurre desde un mirador interno, desde el cual se conduzca la dirección de los acontecimientos anímicos. Yo – eso no es otra cosa que el mismo conjunto de acontecimientos anímicos. Que yo determine sobre mí mismo sólo puede significar que hay un interminable

[8]N. del T.: Francés: educación sentimental.
[9]N. del T.: *Herzensbildung*.

proceso de tejer, destejer y volver a tejer la red de episodios anímicos, estados y disposiciones de lo que soy, un planear, desechar y reconstruir mi autorretrato, en el que mido lo que sucede en mi interior. El culto es alguien que decide por sí mismo sobre su forma anímica, porque admite un proceso continuo de autoevaluación y soporta la inseguridad ligada a él. Por eso se vuelve un sujeto en el sentido enfático.

Formación como sensibilidad moral

La *éducation sentimentale*, es decir, la formación del corazón, también puede significar otra cosa: el desarrollo de una sensibilidad moral. Desde la comprensión en la contingencia de la propia identidad cultural se desarrolla una sensibilidad – no la tolerancia formal de lo extraño, sino el respeto genuino y elemental de otras formas de vida. No es que eso siempre sea fácil. Es particularmente difícil cuando lo extraño hiere las propias espectativas morales. ¿Qué hacemos con la crueldad que nos enfurece pero que en otros lados es parte aceptada de la vida? Formación es aquel arte difícil de aprender de mantener en equilibrio el reconocimiento de lo extraño y la insistencia en la propia visión moral. Se trata de aguantar esta tensión: la formación exige intrepidez.

Ya vimos: entre mejor se domina el lenguaje de las vivencias, más diferenciadamente se percibe y se siente. Esto tiene por consecuencia que también las relaciones con los demás se enriquezcan. Esto aplica en particular para lo que llamamos capacidad de compenetrarse[10]. Es ella un indicador de la formación cultural: mientras más culto, más apto es en compenetrarse de la situación de otros. La formación posibilita una fantasía social precisa. Es ella la que esclarece formas veladas de opresión y la que ilumina la crueldades que uno cometió sin darse cuenta. En este sentido, la formación es realmente un bastión contra la crueldad. Para hacer lo que Himmler hizo, se tiene que padecer de una inimaginable falta de fantasía.

Formación como experiencia poética

La educación se orienta siempre a una utilidad: se adquiere un *know-how*[11] para lograr algo. La formación de la cual estamos hablando, en cambio, es un valor en sí, como el amor. Sería erróneo decir que es un medio para ser feliz porque la felicidad no puede abocarse de manera planeada. Y claro está,

[10] N. del T.: *Einfühlungsvermögen*.
[11] N. del T.: Inglés, "saber-cómo".

tampoco es cierto que no haya felicidad sin formación. Pero hay experiencias de la felicidad que se relacionan de la forma más íntima con las facetas discutidas de la formación: la alegría de entender algo mejor en el mundo; la experiencia liberadora de haber podido deshacerse de una superstición; la felicidad de leer un libro que abre un corredor histórico; la fascinación por una película que muestra lo muy diferente que es la vida en otro lugar; la vivencia alborozadora de aprender un nuevo idioma para la propia vida; la alegre sorpresa de entenderse de repente mejor; la liberación, cuando se logra dejar atrás viejos caminos de la vivencia, y a cambio experimentar más autodeterminación; la experiencia sorpresiva de que se aumenta el radio interno conforme se aumente la sensibilidad moral.

Además, la formación abre las puertas a una nueva dimensión de la felicidad: la experiencia intensificada del presente al leer poesía, al observar pinturas, al escuchar música. La intensidad luminosa de palabras, cuadros y melodías se abre plenamente sólo para aquél que conoce su lugar en este tejido pluriestratificado de la actividad humana, que llamamos cultura. Nadie que conozca la intensidad de estos momentos confundiría la formación cultural con la educación y farfullaría que la formación cultural trate de hacernos «aptos para el futuro[12]».

Formación apasionada

El culto se reconoce por sus vehementes reacciones a todo lo que impida la formación. Las reacciones son vehementes porque se trata del todo por el todo: de orientación, ilustración y autocomprensión, de fantasía, autodeterminación y sensibilidad moral, de arte y felicidad. Frente a obstáculos que se erigieron a propósito y a negligencia cínica, no puede haber ni tolerancia ni indiferencia. Los periódicos amarillistas, que por simple avaricia destruyen todo aquello de lo que he hablado, sólo pueden provocar el más profundo asco. En general, el culto es el que siente asco de ciertas cosas: de los embustes de la publicidad y de las campañas electorales; de palabrerías, clichés y de toda forma de insinceridad; de los eufemismos y la cínica política informativa de los militares; de toda forma de fantochería y de ser partidario por conveniencia, como se encuentran aún en los periódicos burgueses que creen ser el lugar de formación. El culto ve cada detalle como ejemplo de un gran mal, y su vehemencia aumenta con cada intento por minimizarlo. Porque, como ya hemos dicho, se trata del todo por el todo.

[12] N. del T.: *fit für die Zukunft.*